

Sexualidad neurótica masculina

Carlos Ríos

El objetivo de este trabajo es mostrar algunas particularidades, ubicuas y visibles en la clínica, que otorgan una cualidad de idiosincracia a las perturbaciones sexuales del varón, y que son inherentes a la sexualidad infantil polimorfa (Meltzer, D., 1973) que predomina y persiste en algunos pacientes adultos.

Las configuraciones citadas han sido observadas, pero no vistas en forma sistemática, por diversos autores psicoanalíticos.¹ Aquí las agrupo a efectos de definir las y darles un perfil más claro, para luego ilustrarlas con materiales clínicos correspondientes a tres pacientes en análisis y agregar, además, algunas ideas mías. Voy a nombrar estas características neuróticas y luego las retomaré, para ampliar sus perfiles en las conclusiones.

Veremos que *la misoginia* inconsciente está vinculada genéricamente al temor infantil a la feminidad y es la más común.

Me detendré luego en explicar que el prejuicio misógino en su estructura implica una falacia deductiva con una raíz en padecidas frustraciones históricas y heridas narcisistas, que dieron origen a una agresividad que fue luego proyectada en el otro sexo.

He denominado *criptofetichismo* a un fenómeno que está en la base de una perturbación de la fascinación amorosa –en última instancia centrada en el genital del sexo opuesto– y que es un fenómeno que pienso que debe diferenciarse notoriamente del fetichismo perverso y de las condiciones fetichistas de la vida amorosa que, por el contrario, están en la base de la idealización del objeto amado en el fenómeno amoroso no neurótico.

¹ Ver bibliografía.

En los trastornos infantiles polimorfos del varón es común la *homosexualidad inconsciente* resultado de una inadecuada resolución del complejo de Edipo y que, desde Freud, ha sido estudiada ampliamente por diversos autores. Aquí me limitaré a señalarla en los materiales clínicos y a mostrar la implementación de las defensas que el paciente moviliza para preservar, reactivamente, su sentimiento de masculinidad.

La caricaturización de la masculinidad es otra de las propiedades visibles de la sexualidad neurótica que tan usualmente acompaña a la promiscuidad sexual defensiva y que debe ser discriminada de la masculinidad fraudulenta, más ligada a la lógica de las perversiones.

Intento, por último, tratar de describir *algunas particularidades de las experiencias oníricas* en las que se manifiestan estos conflictos sexuales con la masculinidad. Desde ya adelante, como veremos en los materiales, cómo en las imágenes del sueño el paciente varón toma como base para la construcción de las mismas la subrogación metonímica en su pene, tan genialmente descrita por Freud en el historial del Hombre de los Lobos. A modo de ejemplo veremos que, si las angustias de castración son notorias, se pueden observar diversos fenómenos en los sueños tales como la multiplicación de la imagen del pene, por lo que así queda desmentida su condición de órgano único, hecho este que expone a una mayor ansiedad de pérdida.

I. ALGUNAS REFLEXIONES PREVIAS SOBRE EL TEMA DE LOS SEXOS

Es bien sabido que la sexualidad humana puede ser abordada desde múltiples disciplinas: la biología, la sociología, la psicología social, el psicoanálisis, las normas jurídicas. Entre estas ciencias y saberes hay conceptos que se asemejan pero no son reductibles totalmente unos a otros, por ejemplo, cuando hablamos de sexualidad instintiva (biología) y sexualidad pulsional (psicoanálisis).

Cuando nace un niño o niña se observa la pertinencia entre su sexo gonádico y el corporal (que da cuenta de la existencia y completud morfológica de los órganos internos y externos). Si existieren dudas se apela al estudio del sexo genético, XX o XY, para solventarlas.

Si los datos son concordantes se le otorga al nacido una identidad jurídica en el Registro Civil como perteneciendo a un sexo determinado. Ha sido llamado el “paradigma de Jost”, una secuencia en

donde cada etapa predetermina a la otra: primera, Sexo cromosómico, segunda, Sexo gonadal, tercera, Sexo genital o fenotípico y cuarta, Sexo psicosocial muy ligado a la crianza (Chemes, H., 1994).

Sabemos que a lo largo del desarrollo entre el sexo genético XX o XY y asumirse siendo hombre o mujer en la vida, puede haber coincidencia o mediar un abismo. El sexo del deseo puede ir a contraparte de los items nombrados o simplemente no coincidir con los mismos.

Como consecuencia de la necesidad de discernir el sexo biológico de otros componentes de la sexualidad, se ha utilizado el término Género (Stoller, R., 1964), dado que el mismo puede designar cualquier categoría o grupo que presente similares aspectos de pertenencia –en taxonomía por ejemplo– que, para nuestro caso, son los rasgos sexuales.

Para Stoller, Freud no había logrado discernir un término que permitiera distinguir el sexo anatómico de aquél que surge como concepto propio de una sociedad dada o, en términos más psicológicos, de los diversos deseos de los sujetos.

El género entonces es una acepción que incluye las variables sociales, ya sean culturales, éticas e incluso políticas y puede ser considerado como una sumatoria de los significados con que las personas se definen teniendo en cuenta sus propios deseos sexuales, que adquieren a su vez sentido en un grupo social portador de valores y significaciones que influyen sobre el sujeto.

El género pasa a ser un concepto más ideológico, cuya aceptación puede implicar que se le haga más asequible, por ejemplo, a un sujeto el hecho de cambiar de sexo biológico, según sus deseos y por lo tanto por el rol genérico que el individuo se asigne a sí mismo. Puede admitirse que un hombre sea considerado del género femenino si su deseo es ser mujer, lo cual contempla incluso subordinar sus rasgos corporales, su biología, para modificarla al menos en apariencia, como en el caso paradigmático del transexualismo.

Justamente a Stoller debemos una delimitación, conceptualmente adecuada, a los términos travestimiento, transexualismo y homosexualidad, estudios continuados por otros autores que han seguido esta línea.

El concepto de género ha dado origen a trabajos interesantes (Roudinesco, E., 2000; Badinter, E., 1993). También ha sido muy utilizado en contextos de concepciones agonísticas sobre la sexualidad, es decir, perspectivas que privilegian una confrontación entre

los sexos, basadas a veces en reales sojuzgamientos históricos, como lo han sido las estructuras sociales patriarcales de orden político o religioso, asociadas a un masculinismo hegemónico, hecho que va desde la historia bíblica a la teoría falocéntrica de Freud.

Pero es necesario aclarar que desde el psicoanálisis tal modo de ver, ligado a reducir la relación entre los sexos a una lucha, implica la adopción de una visión pregenital que concibe a la relación entre mujeres y hombres como librando una batalla permanente por el poder en la vida sentimental y sexual en detrimento de una visión compartida y cooperativa de la vida sentimental.

Este enfoque torna inexistente la lógica de la complementación (Meltzer, D., 1968) entre los sexos que es inherente a los aspectos más maduros y menos afectada por fenómenos neuróticos, infantiles, en la personalidad y está en la base del desarrollo de la familia y de la sociedad.

Hay que aceptar, por otra parte, que existen razones que justifican dar un status metapsicológico a la noción de género.

En la tesitura de querer hacer más psicoanalítico al concepto, Dio de Bleichmar (Dio de Bleichmar, E., 1996) aduce, con acierto, que la identificación primaria, descrita por Freud, ya se lleva a cabo con la madre y el padre, discriminados como tales, en sus roles genéricos de la prehistoria personal, antes de que el niño pueda discernir los sexos y exponerse a la vivencia de la amenaza de castración.

Pese a estas atendibles razones, en la actualidad, el autor no considera que el término identidad sexual deba ser reemplazado por la noción de género porque el primero tiene la ventaja del acotado uso metapsicológico *al estar ligado, específicamente, a la lógica de la identificación*. El cuño ideológico y marcadamente ambientalista con que ha sido utilizado el término género no se compadece fácilmente con sus aspiraciones de ser incluido en una metapsicología sin evitar confusiones de nivel.

Acercándonos al tema de la masculinidad, veremos que las cosas están lejos de considerarse pertenecientes a un “continente claro”.

En principio, ha cambiado la idea de que la masculinidad es un hecho dado y permanente, algo así como un universal luminoso, que puesto en relación con la mujer, hacía que ésta apareciera como un mero pseudopodio (creada a partir de la costilla de Adán) o como el lado oscuro de la cuestión (el “dark continent”). Esta ha sido una tradición que se extiende, como señalamos, desde el mito bíblico de la creación de los sexos hasta la teoría falocéntrica de Freud.

Probablemente a partir de la Ilustración y más específicamente de una observación en el *Emilio* (Rousseau, J. J.), el abordaje parece haber girado ciento ochenta grados; él nos dice: “El macho solo es macho en ciertos momentos, la hembra lo es a lo largo de toda su vida o al menos durante toda su juventud”.

La biología actual ha confirmado la antigua idea de Rousseau, en efecto, el sexo femenino es el “sexo de base” (Jost, A., 1984, cit. por Chemes, 1994). El cromosoma Y actúa sólo desviando la línea recta que llevaría siempre a lo femenino, en términos de Jost, “luchando” para desobedecer el programa de desarrollo femenino. (Badinter, E., 1993)

Desarrollando esta idea vemos que el hombre necesita en forma repetida mostrar evidencias y dar pruebas para responder al imperativo exigido a la masculinidad en el orden social: “no retrocedas, prueba tu hombría”, “no llores, sé hombre”, “sé un verdadero hombre y mantén con firmeza tu posición”. Como estas afirmaciones implican también negaciones, se puede observar que durante la constitución de la identidad masculina los hombres se ven expuestos a ser cotejados, más que la mujer, sobre lo que deben hacer y ser para evitar ser confundidos con el otro sexo en el que han habitado en su vida intrauterina y del que luego han dependido fuertemente en la lactancia y en el período de desvalimiento como neonato.

La virilidad exige, entonces, diferentes rituales sociales simbólicos de compensación (Godelier, M., 1986 y Stoller, R., 1982). El más impactante de los ejemplos que he leído es la prescripción de alejar drásticamente de la madre a los púberes sambia y hacerles ritualmente, tragar esperma. Este rito tiene como objetivo “desalojar” a los vestigios de leche materna que pudieran haber quedado desde la infancia y a los que se supone impidiendo la masculinización.

Se alimenta, con ritos culturales, la ilusión de que sólo el hombre engendra al hombre dentro de la cultura. El engendramiento materno es sólo naturaleza y la naturaleza librada a sí misma sólo otorga femineidad, en el varón la condición de tal exige más intervención de la cultura.

Las sociedades en mayor o menor grado quieren romper así con la fuerte tendencia a la dependencia pasiva con la madre. El varón tiene que evitar ser como ella para poder pasar a ser hombre, es decir, ser fuerte, independiente, duro, y en las sociedades muy patriarcales, asentimental. En la niña la relación con la madre es clave para la identificación, existe entre ambas un “pas de deux” inicial entre Naturaleza y Cultura.

Para demostración podemos ver que en la actualidad los ritos, vistos en el pasado por los antropólogos, han sido reemplazados en la sociedad mediática por el culto a los machos de la galería de Hollywood, que van desde los Rambos y los hombres Camel hacia imágenes que van perdiendo progresivamente no sólo sus afectos sino su humanidad, los Robocops, los Exterminators que terminan convirtiéndose en máquinas bizarras, mitad humanas mitad metálicas, con una virilidad omnipotente, tan lejos ya de los afectos que puedan ser asimilados a lo femenino.

En estas consideraciones parece poder incluirse, salvando las distancias, la teoría falocéntrica de Freud (Freud, S., 1919) y su variante de moda, la logofalocéntrica de Lacan (Montevechio, B., 1997). Todo en el varón dominante parece ser más fácil, incluyendo la drástica constitución de la Ley o del Superyó –débil y lábil en la mujer.

Me parece más pertinente, con las ideas expuestas, el pensamiento de Klein (Klein, M., 1945) de una fase femenina común al hombre y la mujer –sustentada en la bisexualidad freudiana– acompañada de la sugerencia de que *las nociones de hombre y mujer en su teoría son datos iniciales que implican además al padre y la madre.*

La identificación femenina surge en realidad más fácilmente, en términos comparativos, de la relación con su madre. Estuvo dentro de ella y luego fue alimentada por la misma, comparten la misma sustancia del argumento del mito: Gea, La Tierra, La Madre Primordial.

El varón debe conquistar el Cielo, para alejarse de su madre y acercarse al Padre y vemos, entonces, que el valor negativo de oposición a la madre basado en la desidentificación (Stoller, R., 1964) con la misma, es paralelo en importancia al logro de la identificación en positivo con el padre (Badinter, E., 1993) cuya presencia, entonces, se hace fundamental para plasmar su identidad sexual.

Atendiendo a las consideraciones precedentes que muestran al hombre como más determinado por la cultura, es posible de inferir que su psicopatología es más proclive a afectar su identidad sexual. Lo más temido es acercarse peligrosamente a lo femenino, a la homosexualidad, en definitiva, a la ominosa pérdida de la masculinidad.

II. SEXO Y PSICOANALISIS: DE LA INCERTIDUMBRE Y EL ASOMBRO A LA CERTIDUMBRE

Uno de los duelos que hay que tolerar en la vida es el núcleo de misterio (Meltzer, D., 1990) que rodea al otro sexo, aquel sexo que no nos pertenece, lo cual supone, en nuestro caso, tener la capacidad negativa de poder padecer la incertidumbre (Bion, W.) en el conocimiento de la mujer. Planteo que esta adquisición forma parte de una identidad masculina lograda.

En efecto, “somos mitades” y como tales, a cada momento, se nos revela una faceta del otro sexo que no conocemos y que nos produce asombro.

Este par de incertidumbre y asombro frente al misterio del otro sexo constituye un camino interminable en el conocimiento y está en la base de la inspiración artística basada en la imaginación y especialmente visible en la poética amorosa.

Es de corroboración cotidiana en la clínica que en la psicopatología que atañe en especial a la vida sexual y sentimental, la “certidumbre” sobre el otro sexo está sustentada en mecanismos proyectivos. La identificación proyectiva intrusiva y su correlato, la dependencia proyectiva, tienden a proveer de una falsa certeza. En realidad solamente se “conoce” lo que previamente se ha proyectado, sin saber además, que tal proyección se ha llevado a cabo. El misterio ha sido ilusoriamente eliminado y el camino está allanado para la misantropía y la misoginia que tienden a la proverbial y estéril lucha de los sexos.

En su origen la dependencia proyectiva recorre un largo camino que va desde el primordial vínculo con el pecho, como objeto parcial, a los objetos parentales con los cuales se competía tratando de solventar los dolores de la exclusión edípica.

Sabemos que estos aspectos infantiles de la personalidad—apoyados en la omnipotencia provista por la masturbación— subsisten, en diversos grados, en el adulto con una secuela de culpa y persecución inevitable.

Si la implicación edípica es significativa y persistente en los pacientes, se tiende a un fracaso en el desarrollo al malograrse el mecanismo de la identificación introyectiva con aquellos objetos amados a los que se ataca y con los cuales se compite. El fracaso en la constitución de la afinidad sexual es una de las consecuencias.

En el presente trabajo, que sólo quiere ser una aproximación al

tema, propongo examinar material clínico de tres varones que, salvo un caso tratado por mí, son pacientes analizados por psicoanalistas mujeres ² de experiencia.

Estos casos presentan perturbaciones de la vida sexual y coetáneamente sentimental, a los que entendemos como hombres que padecen de inmadurez con su proteiforme presencia de polimorfismos infantiles y su inevitable derivación hacia la confusión de zonas (Meltzer, D., 1968).

En estos pacientes masculinos, *no* se observan patologías manifiestamente perversas caracterizadas, como sabemos, por un tipo de identificación negativista, el “outsider”, la organización narcisista, el evidente sadomasoquismo en los vínculos, la exasperación de la vida grupal y las confusiones zonales que se han transformado en egosintónicas adquiriendo una cualidad de exaltación que lleva al proselitismo.

En las perversiones el misterio que representa el otro sexo ha sido abolido. Todo sádico tiene la convicción de estar acompañado por una persona masoquista o viceversa, y opera en consecuencia, no existe otra dimensión en este claustro tan alejado de la realidad (Meltzer, D., 1988). La comparación no es tarea posible desde la subjetividad del paciente, que confunde también a su analista, actuando como si éste fuera un cohabitante del claustro, lo que marca una tendencia a plasmar durante el tratamiento la perversión de la transferencia.

En los casos que deseo estudiar las confusiones son padecidas y los síntomas son, usualmente, egodistónicos. Se trata de masculinidades conflictivas, con un trasfondo de angustia, que suele motivarlos al análisis. En ellos el misterio de lo femenino ha derivado en una certidumbre sobre la mujer que atemoriza al paciente. Lo femenino es visto, *ahora sí*, como un “dark continent”, sembrado de dificultades.

III. CASOS CLINICOS

Caso A: “Temo ser siempre impotente”

Es el motivo de consulta de este paciente de alrededor de 50 años,

² Agradezco a las Dras. Ofelia Guerrero y Adriana Yankelevich la información sobre el material clínico.

casado, con hijos y profesional. Tiene dificultades en su tarea por no sentirse reconocido, en especial, por las mujeres. Su aspecto es indefenso, no es agresivo ni intrusivo e inspira simpatía. Llama la atención su tono de voz grave, que lo asemeja a un barítono. De su historia interesa que su padre murió en su pubertad luego de una larga y penosa enfermedad vascular. A. asistió, durante años, desde la niñez, a este derrumbe del padre al que admiraba por sus cualidades intelectuales. Como contraste su madre era sana, enérgica y autosuficiente.

Durante el tratamiento consulta a un sexólogo. La prescripción del Viagra que le fue indicado sólo le agregó una preocupación: “no pude tomarlo”, “temo tener efectos violentos que me obliguen a tener una relación que yo no desee”, “me asustan las enfermedades coronarias”. En este paciente las ansiedades hipocondríacas son numerosas y variadas: “Tengo temor que se rompa el tendón de Aquiles”, “a la rotura de los ligamentos de la rodilla”, “a quedarme sin poder respirar”, “estoy siempre preocupado por la frecuencia cardíaca”.

Su vida sexual matrimonial se limita a algunos juegos que su esposa parece aceptar como alternativa a su impotencia eréctil. En el análisis confiesa que se masturba casi sin usar las manos. Comienza a excitarse colocando primero el pene entre los propios muslos, escondiéndolo y asemejándose así a una mujer. Se sorprende, a veces, haciendo movimientos con la boca como si besara sus propios labios. Relata que es un “mirón”, le fascinan los tacos altos y cuando mira a una mujer siente sensaciones cenestésicas miméticas en su cuerpo: “si miro las tetas, yo siento tetas”, “si miro el culo, siento culo”. Comienzo a ilustrar con algunos sueños.

“Voy en mi auto manejándolo por control remoto desde el asiento de atrás y al llegar al túnel de la avenida, no entro en él, prefiero tomar por el lateral que me permite ver un panorama muy variado”.

Se colige que el elegir el camino lateral tiene que ver con las maniobras sexuales evitando el “túnel” vaginal. También su actividad de mirón de los tacos o los culos le permite distraer su atención enmascarando con este “panorama variado” el verdadero temor al genital femenino: “El túnel de la avenida”. Reconoce, a raíz de las interpretaciones, que en las sesiones hace algo semejante hablando de temas variados pero irrelevantes, no va nunca al núcleo de la cuestión. Con la selección de lo no importante intenta manejar, como con el control remoto, tanto sus asociaciones como mis interpretaciones. Veamos otro sueño:

“Hay dos peces en un frasco de mermelada vacío con agua, como en una pecera, uno chico y otro grande. El grande está intoxicado con un líquido tóxico y está por morir, tengo la esperanza que resucite”.

Asocia con su rechazo a las secreciones y a los olores –a pescado– de la vagina y no entiende cómo existen hombres que se sientan atraídos por la misma. La mermelada le apetece mucho, pero, el frasco está vacío.

Es evidente la caleidoscópica confusión de zonas por las cuales la anhelada y pura leche del pecho (mermelada), está ausente o se le confunde con elementos fecales, uretrales y secreciones vaginales –el líquido tóxico– que parecen provenir de una cloaca. Como consecuencia de tal mezcolanza, puede quedar dañado su pene en erección –el pez grande– y dejarlo impotente para siempre. El pene chico, al estar sin erección –pez pequeño– no parece estar expuesto a peligros. Un último sueño resulta clave:

Iba a tener relaciones sexuales con mi mujer pero la erección del pene se limitaba a la punta, el resto permanecía flácido. El pene tenía un alambre que hacía las veces de sostén.

Al utilizar, el analista, la palabra “tutor”, para denominar al alambre de sostén, se desencadena, como en un hecho seleccionado, una serie de recuerdos: el padre postrado en el lecho al que se le había colocado un soporte en las patas de la cabecera de la cama para poder levantarla, buscando su alivio que, además, reposaba con la cabeza apoyada sobre varias almohadas. La imagen sugiere fuertemente, en primer lugar, una identificación del paciente con la imagen dañada de su padre (¡sus hipocondrías!) y, en segundo lugar, “a posteriori”, el paciente así identificado se subroga en su propio pene en el sueño. La extraña erección del sueño tiene, entonces, que ver con la ominosa figura del padre enfermo con la cabeza levantada por el soporte pero, con el cuerpo flácido por el marasmo.

Se pueden colegir, a partir de este sueño, un par de claves para entender la psicopatología sexual de este paciente. Por un lado, es clara una identificación con un objeto dañado paterno especialmente en su potencia. Pero por otro lado, el sueño de la pecera muestra un profundo temor de quedar englobado en los líquidos tóxicos de la madre interna atacada que, a su vez, parece ser una fuente importante de confusión con él mismo. Es factible que se pueda pensar en insuficientes desidentificaciones con ésta.

Es evidente que los ataques masturbatorios a la escena primaria

han establecido esta pareja donde la madre intoxica y mata al padre al modo con que la Mantis Religiosa lo hace, luego de la cópula fecundante, con su macho.

La concreta enfermedad y decadencia del padre le convalida al paciente su realidad psíquica. Un importante déficit de identificación masculina es la consecuencia. Como contrapartida, una madre sana y enérgica que no motiva ni estimula sino que más bien genera temor, sienta las bases de un balance aún mayor para la masculinidad.

Caso B: “No puedo formar pareja”

Es el motivo manifiesto de consulta de un hombre de 35 años, investigador apreciado en su trabajo. La madre es descripta en su vida como intrusiva, el padre es un ex-potentado con una fuerte personalidad.

En realidad B es una persona tímida pero, paradójicamente, tiene una actitud de piropeador-picaflor con las mujeres que lo rodean en su oficina, a las que les escribe mails en tono halagador con observaciones osadas sobre su belleza. Todo esto desde su escritorio y *mirando* cómo ellas reaccionan. En realidad no avanza con ninguna para formar pareja.

Su vida sexual sólo está limitada a la masturbación y a frecuentar prostitutas en putibares, donde se siente potente. Trae un par de sueños el día lunes soñados el viernes previo al fin de semana:

“miraba la palma de mi mano y veía a una abuela y al mirar a la otra palma tenía la imagen de la otra abuela”.

Describe sentimientos encontrados en este sueño: *“por un lado, un gran cariño por ambas abuelas, ya muertas, muy buenas y protectoras que me daban sostén. Por otro lado, mucho miedo porque sentía que me venían a buscar para morir, para llevarme con ellas”.* Aquí aparece claramente el temor a los objetos buenos —entendiendo a las abuelas como subrogados de la madre— que al ser atacados masturbatoriamente se transforman en persecutorios.

Las imágenes de estos objetos son figuradas en las manos masturbadoras que funcionan como portaretratos superyoicos siniestros. En un segundo sueño de esa misma noche:

“Sin poder creerlo, con asombro, veía a unos indígenas raros que se comían los penes entre sí. Primero se los cortaban y luego se los comían crudos”.

Es muy renuente a asociar algo a este sueño. Se imponen un par de razonamientos. En uno se sigue la tesitura de la masturbación —los

indios serían los dedos— sustentada en fantasías orales muy sádicas, en otro, se piensa en fantasías homosexuales sádicas de incorporación del pene.

A continuación examinemos el material que sigue a unas vacaciones interrumpidas en Brasil en donde padece un primer e inesperado acceso de pánico y temor a morirse, hecho que relaciona con la visión de una pareja de hombres gay en traje de baño en la playa. Coetáneamente, también, le surgieron dudas angustiantes sobre el estado de salud de su padre en Buenos Aires y no tuvo más remedio que retornar. Unos sueños ilustran sus síntomas:

“Un auto sin conductor andaba por la calle, comienza a ir marcha atrás y golpea a otro auto. En la comisaría yo decía “en ese auto se accidentó tal persona”, aparece mi papá reclamando angustiado y gritando conmigo. El comisario no entendía el tema de las formas de marcha, yo me asustaba mucho”.

Y luego comenta otro sueño:

“Estaba de vacaciones en una playa y me quise comprar zapatos de playa, miraba lo que llevaba puesto y tenía un zapato medida 48, era grande y de colores como el de los payasos, en el otro pie veía uno medida 20. Estoy confundido, no me siento bien. Al rato vuelvo a mirarme y me veo con unas ojotas rotas. Un señor y una señora muy amables me orientan, con mucho afecto, para solucionar el problema. Logro adquirir unas pantuflas cómodas de entrecasa pero se me plantea el dilema de pensar que con esas pantuflas no voy a poder salir a la calle.

El trabajo analítico permite ver cómo en el sueño del auto que marcha para atrás aparece una figuración de la ansiedad homosexual con el papá (los dos brasileños gay) que le hace padecer temor a que se mueran los protagonistas originales de la atracción, es decir, él y su padre. En el sueño aparecen ellos dos reclamando por la marcha atrás que daña la potencia, representada por el auto chocado. El comisario parece representar su parte superyoica que no entiende los cambios de marchas y a su propia analista, objeto de reclamos, a quien imagina desorientada.

El surrealista sueño de los zapatos puede entenderse así: el ridículo gran pene-zapato medida 48, es una reacción a la homosexualidad—vivida como la castración— tan temida (¿será el gran zapato ridículo el símbolo del piropeador-seducor de la oficina?). El pequeño zapato es el castrado pene infantil. Frente a estos hechos el sentimiento que él señala es que se siente mal y confundido, en efecto,

tiene una crisis de identidad con su genital: ¿cuál es realmente su pene masculino? Porque ni siquiera el gran zapato era un gran pene sin más, porque era de colores, payasesco. La transacción onírica hace culminar el tema con la aparición de las pantuflas caseras –vinculada a padres y analista que lo cuidan– pero tampoco esta solución es satisfactoria porque lo lleva a la cómoda restricción yoica, a quedarse en casa para evitar sentirse homosexual como temió verse en las playas de Brasil donde seguramente calzaba las ojotas que en el sueño aparecían rotas. En este caso se puede generalizar una fórmula: el temor al voyeurismo homosexual (mirar a los dos brasileros en la playa) se convierte en exhibicionismo heterosexual (el piropeador de la oficina).

Caso C.: “Tengo episodios de impotencia ”

C. está casado desde hace cuatro años, tiene algo más de 40 años, es propietario con su mujer de una pequeña empresa que lleva adelante sin que él se sacrifique demasiado. Dejó varias carreras sin poder terminar ninguna ni llevar adelante ninguna otra actividad convincente y sistemática. Consume gran cantidad de horas jugando en la computadora.

Su impotencia eréctil es, curiosamente, específica dado que se acota a los días fértiles de su mujer; es una impotencia del día 14 del ciclo. Este síntoma es inoportuno porque están buscando un hijo: “Manuela va a pensar que soy un psicótico, por eso a sugerencia de ella y de su analista vengo a tratarme con usted”. Volviendo a los datos, refiere que el padre era rígido y distante y la madre apacible. Tiene tres hermanos generacionalmente muy mayores de modo que él hace las veces de hijo único. Su actitud es algo snob y su lenguaje es retórico, abusa de las metáforas y busca dar un impacto en la interlocutora. Ya comenzado el análisis, en una sesión, con el plan de describir y recordar a su familia y decir que él es parecido a su madre, recordó que teniendo 8 años su hermano adolescente le mostró el pene y le sugirió que le hiciera sexo oral, “yo me resistí y siento que, con el tiempo, lo he perdonado”, “yo, hasta entonces, no sabía qué era una erección”(?!). Luego confiesa que, para época, él solía vestirse con las ropas de la madre.

Progresivamente aparecen una constelación de hallazgos en el material asociativo y en los sueños que permiten inferir varios hechos: en primer lugar su poderoso anhelo de ser mujer, en segundo término su rivalidad con la esposa que se manifiesta en una actividad

masturbatoria anal con fantasías de poseer un pene que lo penetre y fecunde a él. En tercer lugar nos muestra sus deseos de dañar y arrancar los bebés del cuerpo de la madre y esposa que son vividos como hermanos que lo hacen perder su exclusividad sobre el cuerpo femenino (Rios, C., 2003). Veamos esto en algunos sueños:

“Yo estaba jugando con mis sobrinos como si éstos fueran pequeños de 8, 6 y 2 años; el de seis años le quería meter algo en el ojo a la más pequeña (ahijada mía) que tenía los ojos raros, casi traslúcidos. Yo lo retaba por lo que hacía”.

Asoció esto con el hecho de que el sobrino agresor, ahora hombre, espera en la actualidad un bebé de su mujer.

Se puede colegir que su aspecto infantil masculino, envidioso de la pequeña niña, quiere meter algo, que semeja un pene sádico, en el ojo de la niña que la dañe y la despoje de su belleza (ojo traslúcido). Probablemente esta imagen permite elucidar el mecanismo inconsciente de la inhibición eréctil y la explica por el sadismo inherente a la penetración que busca perjudicar tanto al producto (contenido) simbolizado por el globo ocular como a la condición femenina que lo contiene (continente). Otras dos imágenes:

“Yo estaba en una terraza y una criatura se cae de la misma, yo hago malabarismos y la salvo”.

“Un hijo de un amigo está en el balcón, yo le digo: vení para adentro”.

En el primero hay un intento de arrojar al bebé de la cabeza de la esposa y de la suya propia que desea tener un bebé como el joven sobrino que espera una niña. Justamente este embarazo ha catalizado sus propios deseos de paternidad que se topan con sus aspectos infantiles destructivos.

La segunda imagen de potencial caída en el balcón de un hijo del amigo, parece más bien querer arrancar a un bebé del pecho representado por el balcón mismo.

En todos los casos él intenta proteger o salvar a los niños de su ordalía destructiva.

Más adelante, suelen aparecer sueños del tipo de perder trenes (que fueron vistos como su sentimiento de perder oportunidades en la vida). En uno vemos su desencuentro y agresividad con su mujer en relación con el tema de tener un hijo:

Estábamos en andenes enfrentados de una estación de FFCC. Ella del lado de los trenes hacia el centro (va a trabajar), yo del lado que va hacia la casa de mis padres.

Ella aparece en las vías y un tren le pisa un pie.

El análisis permite ver los proyectos vitales en sentido contrario (la mujer va al trabajo, él regresa con los padres) y el deseo de castrar a su mujer a la cual deja en la vía y mutilada.

Resumiendo podemos decir que la impotencia eréctil tan puntual correspondiente a los días fértiles de su mujer, está sobredeterminada por varias causas: a) la envidia que le permite gozar atacándola al frustrarla en su deseo de tener bebés, b) el satisfacer a los celos posesivos con el bebé potencial al que quiere arrancar de la cabeza y del cuerpo de la esposa para así continuar con su condición de “hijo único”, por último: c) el deseo homosexual, competitivo, de ser mujer para ser penetrado y fecundado por el pene paterno, hecho este muy visible en el mito del intento de “violación oral” por parte del hermano al que *no* le perdona, en realidad, no haber insistido en su pedido.

IV. ALGUNAS CONCLUSIONES

La sexualidad infantil polimorfa mira siempre con recelo temeroso al otro sexo y su persistencia, en el adulto, es el caldo de cultivo propicio para la misoginia o la misantropía.

La construcción de la idea misógina puede ser entendida con el modelo lógico de la construcción de falacias, con los siguientes pasos: a) “Todas las mujeres son...x....”, b) mi madre o mi hermanita me han infligido heridas narcisistas: me dicen que soy feo, por lo tanto: c) *todas* las mujeres son despreciativas y se sienten bellas. –(llenamos con este argumento el x de la proposición inicial). Es claro que el segundo tiempo de esta secuencia es inconsciente para el paciente. Sólo se puede inferir de la generalización de sus conclusiones misóginas.

La falacia de este tipo de deducción –que no deseo ver como simple prejuicio– se debe a que de lo singular inconsciente –mi hermanita me dice feo– deduzco un universal consciente sobre *todas* las mujeres.

Un catálogo de este tipo de razonamientos se puede observar en varios autores misóginos, desde Juvenal hasta Schopenhauer, pasando por Vargas Vila y teniendo, quizás, como paradigma más elocuente al conocido Otto Weininger de *Sexo y Carácter*.

La misantropía, el dual femenino de la misoginia podría estar representado por Sor Juana Inés de la Cruz, la del: “hombres necios que acusais”.

Razonando desde el paciente podemos decir: mis singulares heridas narcisistas infantiles son el sustento de mis teorías generales sobre el otro sexo que siempre voy a ver convalidadas por la experiencia. No se admite otra contrastación que la propia certidumbre.

Los pacientes antes descriptos son misóginos aunque esta posición no sea militante ni lleve a una consciente prédica masculinista. Esta actitud paranoide con el otro sexo es consecuencia, en última instancia, del uso de la Identificación proyectiva que, con un contenido sadomasoquista, ha devenido en una certidumbre persecutoria.

En cuanto al *criptofetichismo* recordemos primero, para ubicarlos, que Freud procuró siempre contrastar una propuesta de normalidad utópica con un referente psicopatológico. Veamos: la extravagancia del normal se corresponde con la esquizofrenia, la aflicción del duelo con la melancolía invalidante, el júbilo con la manía, el ser ordenado y ahorrativo con la neurosis obsesiva, etc. Así llegamos a poder decir que la condición fetichista es el requisito inicial de la fascinación amorosa y sexual y representa un dual con respecto al estereotipado y bizarro fetichismo de la perversión.

El varón enamorado, con la colaboración de su pareja, puede lograr integrar sus aspectos pregenitales en la fantasía y eventualmente en los juegos sexuales *centrándolos y monopolizándolos* en un interés exclusivo y un tanto obsesionante por el genital femenino, al cual ve bello, idealiza y exalta.

La puerta de entrada a este estado mental ha sido una transitoria condición fetichista que probablemente desencadenó el “flechazo” inicial amoroso: una exclusiva oscilación del pelo, una forma del cuello, una singular manera de mirar.

El fetichista, por el contrario, ha construido con un poco de pelo o un taco de zapato un estado mental francamente patológico, que lo aísla del genital femenino. Atado a su bizarro objeto permanece en la lógica de la perversión. El genital de la mujer está lejos, si se acerca, produce temor, impotencia y angustia de castración.

Propongo llamar criptofetichismo a un estado diferente tanto a la condición fetichista como al fetichismo perverso. Es un aspecto inherente a la sexualidad infantil polimorfa.

El deseo por el objeto parece vagar por las periferias del mismo, está descentrado, por tacos, segmentos del pie o piernas y curvas de los cuerpos femeninos. El sujeto no puede lograr la concentración de su atención, requisito para la pasión, en una mujer y su genital. En

ciertos aspectos el mecanismo criptofetichista tiene cierta semejanza con el desmantelamiento autista defensivo sin serlo.

El caso A. es particularmente ilustrativo en este aspecto. En efecto, este paciente tiene con el fetichista el común rechazo al genital femenino, pero éste no deja de ser tenido en cuenta. No ha construido, en términos freudianos, ningún fetiche al cual rendirle culto. Fetiche al que, desde otro vértice, Meltzer vería como un objeto radicalmente desmantelado, típico de la perversión.

En el criptofetichismo el interés libidinal ha quedado desperdigado por varios lugares del cuerpo femenino con los cuales, el paciente, aparece además confundido. No ha podido centrarse en los genitales, en aquella parte del cuerpo de la mujer que –junto con el rostro– Margaret Mahler definía como uno de los dos pilares del sentimiento de identidad. Y la identidad desdibujada del objeto captura aquí de alguna manera al sujeto y lo confunde.

El paciente A –como el B– es, también, un “mirón” pero no un “voyeur”, quizás este perfil en cuanto al mirar también se queda a la mitad de camino, descentrado y volátil. No lo veo como un fenómeno tan ubicuo como para concebir una denominación específica. Lo que es evidente es que el “mirón” desea ser reconocido como tal por la receptora de sus miradas. El ostensible “mironeo” es una charada de exhibición, una ostensión de masculinidad que busca afanosamente reconocimiento.

Para finalizar habría que distinguir entre la masculinidad caricaturizada y la fraudulenta. Hago un discernimiento y coloco a la primera como una manifestación del polimorfismo que busca imitar lo que en realidad no conoce. La segunda es perversa y ataca la verdad de la identidad sexual buscando fomentar confusión.

La mirada ostensible, los tonos graves de voz y los discursos con abusos de las figuras retóricas suelen ser los vehículos de la caricatura de la masculinidad que tiende a disimular con el exhibicionismo heterosexual la ansiedad por el deseo voyeurista homosexual inconsciente, como se ve ostensiblemente en el paciente B cuando mira los hombres de la playa.

Estas caricaturas siguen la lógica del predominio de las identidades de percepción –lo parecido, la imagen, la imitación, lo adhesivo– por sobre la lógica de la identidad de pensamiento –lo introyectivo, lo pensado, la identificación.

En su conjunto, las caricaturas, tienden a producir un impacto de “masculinidad” anonadante, sobre todo a las terapeutas del sexo

femenino, tratando de revertir su propio temor a la mujer e intentando convertirlo, proyectivamente, en intimidación en la transferencia. Lo cual nos lleva a una figura cotidiana: el paciente que más “asusta” a su analista mujer es el que más la teme.

BIBLIOGRAFIA

- BADINTER, E. *XY la identidad masculina*. Ed. Norma, 1993.
- BION, W. *Elementos de Psicoanálisis*. Ed. Paidós.
- BOYD, R.; SILK, J. *How Humans Evolved*. Norton & Co. 1997, Cap. 19.
- CHEMES, H. “Los determinantes biológicos de la sexualidad”. *Rev. APdeBA*, Vol. XVI, Nº 2, 1994.
- DIO DE BLEICHMAR, E. *Género, psicoanálisis y subjetividad*. Cap. 3, Paidós, 1996.
- ETCHEGOYEN, H.; ARENSBURG, B. *Estudios de clínica psicoanalítica sobre la sexualidad*. N. Visión, 1977.
- FOUCAULT, M. y otros, *Sexualidades Occidentales*. Paidós, 1982.
- FREUD, S. (1923) La organización genital infantil. O.C., Amorrortu, T. XIX.
- GILMORE, D. *Manhood in the making. Cultural concepts of masculinity*. Yale, 1990.
- GODELIER, M. (1986) *La producción de los grandes hombres*. Barcelona.
- KLEIN, M. *El psicoanálisis de niños*. Cap. VIII., Ed. Hormé, 1964.
- MELTZER, D. *Sexual states of mind*. Clunie Press, Perthshire, 1973.
- *La aprehension de la belleza*. Spatia, 1990.
- *Desarrollos en Psicoanálisis*. Spatia, 1990. Parte III, pág. 63.
- *Clastrum*. Spatia, 1992.
- MONTEVECHIO, B. “Las hijas de Lilith”. *Rev. APdeBA*, Vol. XIX, Nº 3, 1997.
- RÍOS, C. “El sufrimiento por celos posesivos”. *Rev. APdeBA*, Vol. XXIV, Nº 3, 2002.
- ROUSSEAU, J. J. *Emilio*. Ed. EDAF, Madrid, 1978, Libro IV.
- SCHNEIDER, M. *Genealogía de lo masculino*. Paidós, 2000, Cap. 1.
- STOLLER, R. y col. “El desarrollo de la masculinidad”. *Rev. AEAPG*, Nº 18.

Carlos Ríos
Echeverría 2114, 3º “B”
C1428DRL, Capital Federal
Argentina